

IDILIO I.

Por las sagradas Ninfas del Parnaso.  
¡Adios, oh Musas bellas!  
Un cantar os reservo más sabroso  
Para otra vez, si place á las estrellas.

CABRERO.

¡Ojalá que tu boca regalada  
Bañar en miel pudiera refinada!  
¡Ojalá que á tus labios de corales  
Llevar me fuera dado cien panales!  
Que venga tu apetito  
A saciar mereces  
Siempre aquel higo de Egilo<sup>18</sup> exquisito.  
¡Cantas mejor que el ruseñor<sup>19</sup> mil veces!  
Tu vaso, amigo, toma.  
Mira cuán bello; vé qué suave aroma  
Exhala perfumado:  
Parece que lavado  
Fué de las Horas<sup>20</sup> en la dulce fuente.  
Acércate, Ciseta<sup>21</sup> encantadora.—  
Ordéñala tú ahora  
¡Oh Tírsis! suavemente.—  
Vosotras, paced juntas entretanto,  
Cabritas; no os infunda el lobo espanto.



IDILIO II.

LA HECHICERA.

ARGUMENTO.



IMETA, abandonada por su esposo DELFIS, procura atraerlo con filtros amatorios, hechizos y canciones mágicas, ayudada de su criada TESTILIS, é invocando á la Luna y á Hécate. Ella habla en todo el Idilio dirigiéndose unas veces á la doncella y otras á estas divinidades; y se supone que va acompañando sus palabras con acciones simbólicas.

La segunda parte de la Egloga octava de VIRGILIO es una imitación del presente poema.

¿Dó mis lauros están? ¿Dónde reservas  
Mis filtros y mis yerbas?  
Tráelos aquí, Testílis; de cordero  
Con purpurina<sup>1</sup> lana el cáliz ata:  
Con mágicos hechizos ligar quiero  
Al vil esposo cuyo amor me mata.  
Ya doce largos dias ha durado  
La ausencia del esquivo:  
No le importa al cruel si muero ó vivo  
Ni á mi puerta ¡ingratísimo! ha llamado.

IDILIO II.

Amor, voluble Númen, y Citéres  
De cierto lo han llevado á otros placeres.  
A la palestra iré de Timageto<sup>2</sup>  
Mañana mismo, y público reproche  
Dirigiré al infiel; por esta noche  
Con mis hechizos lo tendré sujeto.

¡Oh Luna!<sup>3</sup> tú entretanto  
Cual nunca brilla hermosa;  
A tí quiero mi canto  
Dirigir en voz baja, ¡oh casta Diosa!  
Y á Hécate pavorosa  
Que só la tierra habita,  
Y cuando entre la sangre y los sepulcros  
Gira, terror excita  
En los mastines y cachorros pulcros.<sup>4</sup>  
¡Salve, Hécate tremenda! Aquí te queda  
Hasta el fin de mi hechizo; y haz que pueda  
Mi ponzoña tener virtud no ménos  
Grande, que de Medea<sup>5</sup> los venenos  
O de Circe ó la blonda Perimeda.

Haz retornar al pérfido, pezpita,<sup>6</sup>  
Que mis amores y mi casa evita.

En el hogar caliente  
Ya se te quema, ¡oh mísera! la harina,  
Espárcela, Testílís, ¿dó tu mente  
Ha volado? ¡Asesina!  
¿Pretendes tú tambiem darme sonrojo?

IDILIO II.

Ea, espárcela al viento  
Y clama, de esparcirla en el momento:  
“Yo los huesos de Delfis así arrojó.”

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
Que mis amores y mi casa evita.

Delfis me martiriza:  
En Delfis este lauro hago ceniza.  
Cruje el lauro al arder, y en el instante  
Vívida llama se alza chispeante,  
Y se consume todo  
Sin dejar ni pavesas en el fuego.  
La carne del traidor del mismo modo  
A las llamas entrego.

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
Que mis amores y mi casa evita.

Así como esta cera  
Con el favor divino yo derrito,  
Así Delfis el Mindio prontamente  
A mi voz obediente  
Derrítase de amor; y á la manera  
Que esta rueda de bronce en torno agito,  
De Vénus con la ayuda  
Girando Delfis á mi puerta acuda.

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
Que mis amores y mi casa evita.

IDILIO II.

Voy á hacer de salvado el sacrificio.  
 ¡Diana! Sea propicio  
 Tu númen sacrosanto.

Tú puedes en el fondo del Averno  
 Mover al inflexible Radamanto?  
 Y cuanto haya de fuerte en el Infierno.

Ya se oye de los perros el ladrido  
 En la ciudad: los trivios<sup>8</sup> ha venido  
 A recorrer Diana.  
 Suena, Testílis, suena la campana.

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

¡Mirad! El Ponto calla  
 Y se adormece el viento;  
 Pero en mi pecho estalla  
 Con mas furor mi amargo sentimiento.

No cede ni un momento  
 El fuego que me inflama  
 Por el esposo mio.  
 Robóme mi albedrío  
 Y hoy en mi seno el deshonor derrama.

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

Tres veces ¡santa Diosa! el vaso apuro  
 Y tres veces pronuncio este conjuro:  
 "Quienquier que sea la mujer dichosa

IDILIO II.

Que me usurpa mi amor, el fementido  
 En tan profundo olvido  
 La deje cual Teseo á Ariadna hermosa.<sup>9</sup>

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

Hay en Arcadia venenosa planta;  
 Hipómanes la llaman los donceles,  
 Y tiene fuerza tanta  
 Que hace bajar del monte á los corceles.  
 ¡Ah! La virtud oculta de su tallo  
 Haga que la palestra resbalosa  
 Abandone mi indómito caballo  
 Y torne Delfis á su amante esposa.

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

La fimbria de su blanca vestidura<sup>10</sup>  
 Dejó perdida Delfis: en girones  
 La arrojo á arder en medio á los tizonés.  
 ¡Ay de mí sin ventura!  
 ¡Desapiadado Amor! ¿Por qué adherido  
 A mi cuerpo infeliz, cual chupadora  
 Palustre sanguijuela, no has bebido  
 Mi sangre hora tras hora?

Haz retornar al pérfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

Con esta machacada lagartija  
 Una pocion de muerte

IDILIO II.

Mañana voy á hacerte.  
 Y tú, Testlís, hija,  
 Toma por el momento  
 Los venenos letales que he mezclado,  
 Y vé á ungir el umbral de su aposento,  
 Ese umbral á que tengo todavía  
 Mi corazon atado,  
 (Mas no importa al infiel si me acongojo)  
 Y escupiéndolo<sup>11</sup> dí, Testlís mia:  
 "Yo los huesos de Delfis así arrojo."

Haz retornar al péfido, pezpita,  
 Que mis amores y mi casa evita.

Ahora que solitaria y sin consuelo  
 Voy á dar rienda suelta á mi quebranto,  
 ¿Por dónde empezaré la triste historia  
 De mi funesto amor? ¿Por dó mi duelo?  
 ¿Quién fué la causa de mi amargo llanto?

La cestilla expiatoria<sup>12</sup>  
 Al bosque de Diana  
 Llevaba una mañana  
 Anaxo, hija de Eubulo; y en hileras  
 Conducian al templo muchas fieras,  
 Y una leona, entre ellas, Africana.

¡Oh veneranda Luna!  
 Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Teucarila de Tracia,  
 Mi difunta nodriza, que á otra puerta  
 De mi casa habitaba, salió luego

IDILIO II.

Y me invitó con replicado ruego  
 A ver la procesion. Por mi desgracia  
 ¡Ay! acepté la oferta  
 Y al cortejo me uní, de blanco lino  
 Vestida, y con el manto purpurino  
 De Clearista la gentil cubierta.

¡Oh veneranda Luna!

Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Llegaba á la mitad de la carrera  
 La pompa, de Licon frente al palacio,  
 Cuando del brazo unidos, por la acera  
 Caminando despacio,  
 Dos jóvenes miré de hermoso tipo.  
 ¡Era Delfis, era él, con Eudamipo!  
 El bozo despuntaba en su mejilla  
 Más blondo que la flor de maravilla:  
 Uno y otro tornaba  
 De la palestra ardiente,  
 Y con el óleo y el sudor brillaba  
 Su pecho más luciente  
 ¡Oh Luna! que tu disco refulgente.

¡Oh veneranda Luna!

Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Ver á Delfis y súbita locura  
 El corazon turbarme fué todo uno.  
 ¡Ay! Se ofuscó al instante mi hermosura  
 Y ya no ví espectáculo ninguno,